

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, noviembre de 1956

Núm. 1053

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

¡PAZ A LOS MUERTOS!

(TRADICION)

I

*Orad por los difuntos;
que no es la misericordia
de Dios más dura que las
entrañas de la tierra...*

SOMBRÍO como un mal pensamiento, fuerte como un atleta, elevábase a orillas del mar el castillo de Valdecoz. encaramado sobre un peñasco, descansaban sus cimientos sobre la roca viva; su gran rampa levadiza que reforzaba la puerta, miraba hacia el mar, y su torre del homenaje se elevaba orgullosamente hacia el cielo, rematando en una enorme águila rampante sobre el firmamento, que oprimía entre sus garras un blasón roto. Hubiérase dicho que aquel gigante de granito se alzaba en su soberbia, diciendo al mar: *Te desprecio.*—A las rocas: *Te domino.*—Y al cielo, decía impotente: *¡No te alcanzo!*...

Nadie le habitaba: cerrado como una tumba, reinaba en él un silencio aún más lúgubre que el de la soledad: aquello parecía el de la muerte. Roto el soberbio blasón que en la torre del homenaje sostenía el águila entre sus garras, parecía que, desplegando ésta sus alas de piedra, iba a huír de allí graznando aterrada: *¡Lo que he visto!*...

La hiedra, fiel amiga de las ruinas, había coronado una lápida corroída por el tiempo y los temporales, en que por debajo de una estrecha saetera se leía:

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

Al leer aquella inscripción, que como único nombre y única historia se descubría junto a un escudo destrozado, hubiérase dicho que la cólera divina había venido a sustituir a la vanidad humana, en el dominio del castillo de Valdecoz. Su último señor, llamado el *Malo*, desapareció cazando en un bosque que formaba el límite de su señorío: tres meses antes, su hijo único Ferrant, llamado el *Bueno*, había desaparecido también, ignorándose su paradero.

El tiempo, gran descubridor de misterios, ha conservado, sin embargo

una tradición del castillo de Valdecoz, que, viniendo de padres a hijos, llega hasta nosotros, ennoblecida con el polvo de los siglos, y bautizada con más de una lágrima de ternura: tradición que reconoce por origen la sencilla fe de nuestros antepasados, o quizá alguno de esos prodigios de que se sirve Dios para despertar el arrepentimiento en el corazón del malvado y mantener la confianza en el del justo.

Bien se nos alcanza que estas tradiciones, siempre sencillas y poéticas, al par que profundamente religiosas, no encuentran hoy el santo eco que merecen. La despreocupación es la primera preocupación de este siglo, que se empuja sobre el escepticismo, creyendo subir al pedestal de la más alta superioridad intelectual, y consigne tan sólo encerrarse en el mezquino círculo de ideas triviales que alcanza y comprende. Mas no por eso dejaremos nosotros de recoger estas tradiciones, cual santas reliquias de la fe de nuestros mayores que venerar, ni dejaremos, tan poco de narrarlas, cual hermosos ejemplos que imitar.

Niéguelas en buena hora el que no las crea; pero no se juzgue por eso superior a los que tenemos la dicha de creerlas y venerarlas. A cualquier necio le es dado negar más de lo que puede probar un filósofo; y es por otra parte la sonrisa del escéptico demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

II

UNA mañana de Octubre, volvía el Castellano de Valdecoz al frente de sus hombres de armas, de saquear un territorio vecino con cuyo señor mantenía añejas rencillas. Cautivo éste de su enemigo, esperaba, con esa altivez de espíritu que en la adversidad es madre del heroísmo, ser colgado del águila que, cual la imagen de la soberbia, coronaba el castillo de Valdecoz.

En vano el caritativo Ferrant, pidió a su padre el perdón del prisionero, recordándole que el verdadero valor se corona, como el mérito con la modestia, con la clemencia hacia el ven-

cido. Para vencedores como el Castellano de Valdecoz, no hay más ley que la de Breno: *¡Vae victis!* (1)-y desoídos por eso los ruegos de la compasión, fué cumplida la bárbara sentencia. Pendiente el cadáver del águila, que parecía cebar su corbo pico en aquel horrible trofeo de la muerte, había de permanecer allí hasta que fuese pasto de los buitres.

Ferrant se retiró horrorizado, y al mismo tiempo que las blasfemias del padre, subían al cielo las oraciones del hijo. A la media noche, el piadoso doncel salía cautelosamente de su estancia: con el mayor sigilo subió a la torre del homenaje y cargando sobre sus hombros el cadáver del desgraciado caballero, le dió sepultura en la playa, al pié de una roca a que no llegaban las mareas.

Imposible es describir la cólera del Castellano al notar la desaparición del cadáver de su víctima. Todos los del castillo temblaron por Ferrant el Bueno; más tranquilo el como la buena conciencia, sereno como el que cumple un deber, se presentó a su padre, confesándose autor de aquella obra que era para el Castellano un delito. En este la sorpresa adormeció a la cólera por un momento.

—¡Desgraciado! —exclamó: ¿qué razón tuviste para desobedecer mis órdenes?

—Dar paz a los muertos, ya que vos dais muerte a los vivos;—respondió Ferrant, con la dulzura del respeto que contiene y la firmeza de la convicción que no se doblega.

—¡Paz a los muertos! barbotó el Castellano, lleno de rabia y desprecio ¡Más que mallas y capacete, una cogulla mereces!... ¡Pero no lograrás tu intento!... ¡te lo juro por la barba!... ¡Tú mismo vas a volver el cadáver de ese traidor al sitio que ocupaba!...

Ferrant se negó resueltamente a cumplir la orden impía de su padre, porque la autoridad paterna tiene un límite, que termina donde lo que es bueno y justo acaba. Como el cable que flexible pero fuerte resiste el embate de las olas, resistió sumiso pero firme las amenazas del Castellano.

Entonces aquel padre desalmado, en cuyo corazón ahogaba el crimen la voz de la naturaleza, arrojó a Ferrant del castillo; y el caritativo doncel abandonó los dominios de sus mayores, so-

(1) ¡Ay de los vencidos!

lo, desvalido, llevando en su escarcela como único tesoro, una flor que había cortado en la tumba de su madre.

Pero en vano trató el Castellano desde la partida de Ferrant, de distraer en la guerra y en la caza la negra melancolía que también desde entonces le roía el alma: el primer dolor con que el remordimiento hiere la conciencia del criminal, es con la impotencia de deshacer su crimen. Una mañana el Castellano, más triste y taciturno que de costumbre, salió a cazar en un espeso bosque que formaba el límite del Señorío, y en vano sus hombres de armas le esperaron un día y otro día, porque el Castellano de Valdecoz no volvió nunca.

A poco decíase por los alrededores que en el silencio de la noche salía de aquel bosque una voz tristísima, tristísima que clamaba:—¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...

Los años, cuya rapidez aterra cuando se cuentan pasados, pero que parecen una inmensa cadena de días cuyo último eslabón se pierde en la eternidad, cuando se miran en el porvenir, cambiaron el aspecto del señorío de Valdecoz: ¡los niños se hicieron hombres, los hombres se hicieron viejos, los viejos se hicieron polvo!

Ya no resonaban en el castillo los cantos de los hombres de armas, ni la bocina del vigía de la torre del homenaje anunciaba el día, el mediodía y el crepúsculo: solitario, cubierto de esas yerbas que el tiempo y el abandono hacen nacer en los edificios, como las penas y los años hacen nacer canas en la cabeza del hombre, parecía oprimido más por el peso de una maldición que por el de los siglos. En su soledad, desmoronábase viejo, caduco y sombrío, y renegando de su fortaleza, pedía, cual el Judío errante, por única gracia la muerte. Sólo aquella voz triste, tristísima, continuaba a la media noche resonando en el bosque, con el afán del que pide, con la tristeza del que se queja, con la angustia de un lamento.

—¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...

Ferrant el Bueno volvió al señorío de su padre, después de haber combatido a los árabes como simple soldado, durante los veinte años que duró su ausencia. Al pasar por el bosque era la media noche, y más triste que nunca llegó a sus oídos el misterioso lamento: Ferrant se sintió sobrecogido por ese terror misterioso que infunde siempre lo sobrenatural hasta en los ánimos más esforzados: encomendóse, sin embargo, a la Virgen María, y entró denodadamente en la espesura,

Abríase en medio del bosque un gran círculo árido y triste, que contrastaba con la verdura de los árboles que, como horrorizados, no osaban traspasar aquella extraña circunferencia: en su centro vió Ferrant destacarse a la luz de la luna, un cadáver informe, sucio y medio podrido. ¡Cosa raral aquel cadáver tenía abiertos los ojos, como si la muerte mirase y pidiese algo a la vida. Ferrant se aproxima poseído de un religioso y terror, da un

grito terrible al reconocer a su padre en aquella masa inerte.

Pasados los primeros trasportes de sorpresa y de dolor, Ferrant intentó abrir con su hacha de armas una fosa en que sepultar el cadáver de su padre, pero la tierra, dura, como lo había sido el corazón del Castellano; seca, como lo fueron sus ojos; repelente, como lo fué su mano para la desgracia, rechazó el acero, cual si fuese duro mármol, negándose a dar una tumba al Castellano de Valdecoz, Ferrant vió la mano de Dios, que castigaba al impío.

Pero aquel impío era su padre, y el buen hijo oró, rogó, humilló su frente sobre aquel suelo, instrumento de la justicia divina; y las lágrimas, que todo lo borran, que todo lo alcanzan, corrieron abundantes de sus ojos, viniendo a humedecer la tierra y a ablandar sus entrañas. Ferrant vió entonces que esta se abría lentamente por sí sola, dejando aparecer una fosa, en que el piadoso hijo depositó el cadáver de su padre.

Los villanos de Valdecoz no volvieron a oír nunca aquel grito que pedía:

¡Paz a los muertos!

P. Luis Coloma, S. J.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y resucitaremos de entre los muertos....

Independientemente de nuestra voluntad, contra nuestra voluntad, los hechos ocurrirán como están escritos.

No hay manera de cambiarlos. La muerte es cierta. La resurrección a otra vida, en el día del Juicio Final, es cierta también.

Ante la humanidad entera, ante nuestras familias y amigos, se sabrán nuestras faltas, y también nuestras virtudes. Esas virtudes ocultas, escondidas, calladas, que hoy sólo Dios sabe de ellas.

Alégrate, alma buena, que llegará el día de tu glorificación.

Hoy quiero hablar a las almas buenas. A aquellas almas, que sufren, que pasan necesidades, que son desconsideradas por el prójimo, olvidadas en su sacrificio, despreciadas, tal vez, por quienes no son capaces de comprender el heroísmo de un alma que está muy cerca de Dios.

El mundo, no comprenderá muchos actos que la humanidad califica con desprecio, con indiferencia, posiblemente con malicia. Dios, si sabe de ellos. Sabe, también, lo que cuestan a veces esos actos de heroísmo silencioso, sin laureles, sin espectáculo alguno, sin público que aplauda en su derredor. Es el heroísmo de los seres extraordinarios que la miopía humana no vé, que la ambición del mundo no sabe distinguir, que el materialismo de la vida, oculta a las miradas de los demás.

Es el heroísmo de la madre en su sacrificio diario por los hijos; es el heroísmo del padre, que trabaja sin descanso

por cubrir todas las necesidades de los suyos, ocultando, muchas veces, las necesidades propias; es el heroísmo de las viudas, de los pobres, de las víctimas inocentes, de quienes padecen injusticia de los hombres; es el heroísmo de quienes entregan su vida a Dios en beneficio de su prójimo, es el heroísmo silencioso del que sufre con resignación las contrariedades de la vida. También hay un heroísmo de todos los días, de todas las horas, con el vulgar cumplimiento del deber, que sin hacer nada extraordinario, monótonamente, hace todos los días.... lo que es su obligación sagrada. Años y años, repite su labor, contribuyendo al bienestar general y cubriendo escasamente sus mínimas necesidades.

Heroísmos sublimes, admirables, que pasan todos los días a nuestro lado y no reciben el homenaje de los hombres. A veces, tampoco creen que su heroísmo es un mérito. Es su obligación, su deber y no esperan el premio que Dios dá al hombre vulgar, que su heroísmo no lo ha concentrado en un momento sublime de su vida, sino que lo ha desgranado en un rosario de sacrificios que ha durado toda su existencia.

Y se presenta ante el Tribunal de Dios, y aún se humilla diciendo:

Señor, no tuve tiempo de hacer nada. Creo llego a Tí con las manos vacías, espero que las llenes con tu misericordia. Hube de trabajar de sol a sol para ganar algo para mi familia y sacarlos adelante... eran tantos.... y yo sólo a ganarlo. Y el sacerdote, desconsolado, gime ante el Tribunal:—Señor, la mies era mucha, me ahogaba, era inmensa... el día era tan pequeño.... Y la viuda:—Señor, me llevaste al compañero, que iba a ser de mi vida, tan pronto.... los hijos eran tan pequeños... que te abandoné un poco... por ellos. Y al terminar el día quería rezarte, pedirte.... pero estaba agotada y el sueño me rendía.

Y Dios en su Tribunal contempla el heroísmo de aquellas almas, que en su inmensa bondad se olvidaron de sí mismas para atender a su prójimo.

—Venid a Mí, almas benditas y heroicas, porque de vosotras es el reino de los cielos.

Y bastó la justicia de Dios sin tener que usar de su misericordia, R.

LITERATURA

En las máquinas de escribir, el alfabeto baila la jota.

El sombrero que vuela parece que ha escapado con todas las ideas de su dueño, que por eso corre tan desesperado detrás de él.

La almohada se presenta todas las noches hipócritamente como si nunca hubiese tenido marcado el hoyo de la cabeza.

El día más familiar de la vida es aquel en que toda la familia se asoma al balcón. Es muy parecido al día en que todos van a hacerse un grupo a casa del fotógrafo.

Los eclipses, son la juerga de los astrónomos.

(Pasa a la plana 4)

Los novísimos

Nuestra vida solo es una máscara grotesca de la muerte; un disimulo de la muerte; es una mueca de la muerte, y de la muerte una carcajada histérica.

Realidad de realidades, es solo la muerte cierta: allí no cambian las cosas, que tienen sustancia eterna.

Es la vida ese continuo cambio de usos y maneras, porque no encuentra acomodo estable, alguno en la tierra, y buscando lo inmutable, se consume y no lo encuentra.

MUERTE

Y así, la vida es lo falso de ir y venir, tanta prisa, que solo para estar sirve. en la muerte siempre quieta.

Que los cadáveres son signos de la vida eterna, por su quietud inmutable, por su inmutable apariencia, por esa falta de cambios que hace que nos aparezca como cosa conseguida, lograda y sin apariencias, de mudarla en otra cosa, o buscar otra apariencia, por ser ya definitiva e incambiable, y ser eterna.

¿Y siendo así, nos espanta?
¿Y así siendo, nos aterra?
¿No es más firme y es más cierto eso, que la vida aquesta que cambió de ayer a hoy, y que miramos a ciegas qué podrá mañana ser, y después que cambio espera?

El problema no es la muerte; la vida es nuestro problema. Que según sea nuestra vida es nuestra muerte resuelta.

Miremos por nuestra vida, que todo depende de ella.

JUICIO

Dios es nuestro Tribunal, y la sentencia de Dios, en la eternidad no tiene recurso ni apelacion.

Es un Tribunal extraño, en el que es Juez el Amor, y El nos acusa y defiende, y es la sentencia su voz.

Y depende esa sentencia de nuestra vida de hoy, porque también en el juicio es testigo de excepción.

Dios nos ve. Siempre sus ojos de nuestra conducta en pos, nos escudriñan y guardan recuerdo de cada acción.

Y cuando la muerte siega con el tajo de su hoz el hilo de nuestra vida, cuando ya el alma libró.

En tribunal infalible se constituye Dios, y nos acusa y defiende, y testifica su Amor.

Garantía de derechos y de justicia su voz sentencia firme y serena, sin derecho a apelación.

Y un campo de eternidades se abre del ánima en pos, conforme con todo aquello que en la vida se escogió.

Que la sentencia más buena y en la sentencia peor, nosotros nos la dictamos, y nos la promulga Dios.

INFIERNO

¡Ay, la sentencia divina si determina un infierno!
¿Cómo pasaste en el mundo, sin acordarte, primero, que el mundo pasa y el alma no tiene fin en el tiempo?

¿Pensabas en corregirte en el último momento?
¿No pensabas que la muerte te sorprenderá riendo, para cambiar esas risas en un llanto sempiterno?

¿Y ahora, qué?, ¿Qué cuentas [te haces
¿Cuentas aún llegar a tiempo, cuando en una vida entera no supiste lograr méritos?
¿Quieres que el tiempo hacia atrás corra, para arreglar eso?

Ahí tienes, en par abiertas las entradas del Infierno.
¿Qué ves en él? ¡Sólo llamas y almas penando, y muriendo sin morir, constantemente en el más cruel sufrimiento!

Y eso no es nada; la vista es ciega para lo eterno, y no ve la mayor pena, aquella que es el deseo de estar con Dios y mirarle, poder amarle, y quererlo.

Pero no le ven y le odian, y es ese el mayor tormento. Por suprimir esta pena horrible, darían un cielo que tuviesen, pero es tarde, que ya no tiene remedio.

GLORIA

Con su magnitud excelsa Dios constituye la Gloria, y nos la ofrece magnánimo como precio a nuestras obras, y nos la pone al alcance de las manos, de tal forma, que el no alcanzarla es desprecio y alcanzarla es facil cosa.

Ese campo azul celeste, en que la vista se asombra ante un número de estrellas infinito, solo toma de cielo su nombre, acaso porque a la vista se torna por su infinita belleza,

por su variedad grandiosa, por su colosal tamaño, en símbolo de la Gloria.

Ese cielo nos encubre el otro cielo, de forma que no oímos a los ángeles en los cánticos que entonan, ni oímos las alabanzas de las vírgenes heróicas, ni oímos las bendiciones con que a Dios todas invocan.

Si los oídos se cierran, los ojos ciegos se tornan, para no ver maravillas de felicidad gloriosa.

La paz, el amor, el bien, la felicidad, son cosas sublimes, allí comunes a los que en el cielo moran. Nada malo, todo bueno, y extraordinario, y sin sombra, es la presencia de Dios, y el poder a todas horas amarle mucho y amarle, la única dicha que gozan; tan colosal y tan grande y eterna, que, sin zozobra, por conservarla y gozarla darían toda la Gloria.

Hermenegildo Rodríguez

(De la plana 2)

Las azucenas parece que se han manchado de huevo la nariz.

Cuando decimos «primo segundo» tenemos algo de porteros situando a un vecino.

Hay momentos en que las moscas hacen gestos de quererse arrancar la cabeza, como desesperadas de ser moscas.

● Comentando

El primer tropiezo

Un tropezón cualquiera da en la vida. Así reza el cantar popular, que como todo lo popular tiene aire de ser cierto y en sí algo de filosofía y de enjundia. Y del primer tropezón, nace una serie de tropezones más o menos importantes, encadenados que aprisionan en sus cadenas a la vida del individuo, y la hacen distinta. En una palabra, que cambian la idiosincrasia del individuo y lo hacen de otro modo de ser del que hasta entonces había sido.

Así pasa a muchos seres de este mundo, que por un pequeño tropezón, van resbalando por una pendiente, que se hace ca-

da vez más empinada. y por la que se dejan arrastrar hasta el fondo, sin que a ello puedan poner la menor resistencia. Unos, en este caer vertiginoso de su pendiente, dan en las más extravagantes costumbres, y son tenidos como lunáticos, o como excéntricos. Otros siguen la pendiente del mal, y van a parar con sus huesos a la cárcel o al cementerio. Todos estos, al menos, son algo grandes al sentir su pendiente, y califican a su primer tropezón como de piedra angular de un monumento. Pero hay otros, ¡infelices! que no tienen esta grandeza, defectuosa si se quiere, pero grandeza al fin, y de su tropezonzuco birrioso y sin la menor importancia, van resbalando y cayendo por la curvatura ridícula y piruetesca de su cadena de tropezones vergonzantes, hasta la sima sinuosa de trampolín, de la mayor de sus caídas, de donde intentan levantarse y hacen circo con la repetición de sus resbalones siempre con el mismo truco.

Primero, van en matocicleta, venciendo su propia estimación; después se meten a lectores de poesías raras y propias retorcidas; después apadrinan estados más o menos patológicas de deportistas trashumados, y terminan dando charlas y conferencias sobre deportes a los que nunca tuvieron afición y de los que nunca sacaron punta ni comprendieron. Y todo por no haber vencido aquél maldito primer tropezón.

Les pasa lo que a los fumadores, que empiezan por hombrear su primer pitillo, sin gustarles el tabaco, y después, de piti-

llo en pitillo, se convierten, sin poder evitarlo, en vivientes chimeneas, sin remedio para su bolsillo y salud.

¿Qué autoridad pueden tener en materia de deportes, ni qué van a decir de cosas que no entienden y por las que no sienten la menor simpatía? ¿O es que han cambiado de chaqueta, como vulgarmente se dice, para, cobardes, seguir la corriente moderna, contra la que tanto hablaron? ¿Miedo? No sé lo que será, pero las propias convicciones, se defienden contra viento y marea, sin claudicaciones ni nada de eso.

Este modernismo sin sal y sin sentido de responsabilidad, sin seriedad ni fijeza en sus posturas, quiere adentrarse en todos los rincones, y nosotros, los que nos creemos en la razón y la verdad, debemos de tener las suficientes agallas para combatirlo sin claudicaciones.

El pasarse al campo enemigo, solo puede hacerse en el plan de prisionero. Esto es de honor. Pero el pasarse al enemigo en plan de zalamería, es... lo que es.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)